

BRASIL: LA CULTURA DE LA CAÑA. UNA APROXIMACION DESDE LA ANTROPOLOGIA

Manuel de la Fuente Lombo
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Córdoba

BRASIL: LA CULTURA DE LA CAÑA. UNA APROXIMACION DESDE LA ANTROPOLOGIA

La historia del Brasil está íntimamente relacionada con su actividad económica, y *la cultura de la caña*, cuyo espacio histórico lo podemos situar entre 1530-1650, es un ejemplo de ello. El sistema creado alrededor del cultivo cañavero contempla la formación de una sociedad esclavista, dirigida por una clase señorial creadora de unos patrones culturales a los que el negro se somete, en unas maneras de integración social, que perfilan interna y externamente una existencia más definida por lo feudal que por lo esclavo. Y las decisiones que configuran el funcionamiento de la sociedad dependen del carácter cíclico-itinerante en la explotación de los recursos naturales.

De esta manera, la relación hombre-medio ambiente, ha venido planteada a lo largo de buena parte de la historia de Brasil, como una ecuación tendente a facilitar una rápida y fácil acumulación de beneficios económicos en la política mercantilista del colonizador. Esta falta de preparación de un futuro conveniente a la diversidad de elementos sociales, genera desde el principio una complejidad en los obstáculos mayor aún que la representada por la propia agresividad del medio. Es así que, en los ya casi cinco siglos transcurridos desde la aparición portuguesa en 1500, se ha mantenido un sistema económico originado fundamentalmente en la región nordestina a través de los cañaverales azucareros:

«Al comienzo, los conquistadores portugueses se contentaron con la extracción de algunos productos naturales como la madera, pero algunos años más tarde se vió aparecer en el Nordeste del país un sistema de explotación mejor organizado: la utilización extensiva de la tierra para el cultivo de la caña de azúcar. Durante más de un siglo, los portugueses detentaron el monopolio comercial de este producto tropical. La implantación en el Brasil de una economía basada en el azúcar provocó la aparición de un sistema agrario de tipo feudal cuyos rasgos subsisten todavía hoy...»(1).

Estos rasgos a los que hace referencia Josué de Castro comienzan a deducirse pronto: en el momento de establecerse una clara distinción entre los colonos dedicados simplemente a las tareas agrícolas referidas a la caña (los plantadores de caña) y aquéllos que sumaban a esta actividad la posterior transformación del jugo en sólido purificado, se estaban originando factores de dependencia y de jerarquización de grupos.

(1) Josué de Castro, *Geopolítica del hambre* (I), Madrid, 1972, págs. 217-218.

Es así que la estratificación manifestada tras el ajuste del asentamiento lusitano en la colonia, actúa paralelamente a dos vectores definidos: el respaldo que significaba el funcionamiento de un sistema feudalizante en la metrópolis, y la aspiración de la Corona por el ejercicio de un control efectivo. De esta manera, la política concesionaria de ésta, veíase forzada por la necesidad de que una ocupación organizada había de contar con la necesaria donación de privilegios y poderes; en este sentido, hemos de considerar el establecimiento de las Capitanías de Mar y de Tierra (1516-1530), y las Capitanías hereditarias (1534), cuya sistematización creadora de vinculaciones jerárquicas obstaculizó los intentos de centralismo que, a partir de 1549 (creación por Juan III del Gobierno General del Brasil), evidenció la Corona portuguesa.

Esta dependencia no quedó simplemente limitada a una operación comercial, sino que progresivamente dejó en manos de los *senhores de engenho* (se llamaba *senhor* de engenho al dueño de la plantación donde se producía el azúcar) la propiedad de la tierra e incluso de los esclavos; de esta manera, se producía la absorción de los pequeños competidores por la capacidad adquisitiva de una minoritaria clase dominante, que lograba así la concentración de la propiedad y un sentido aristocrático en la concepción de la sociedad.

Y en este orden de cosas, podemos considerar que en la colonia queda configurado el modelo aristocrático de vida alrededor de la *fazenda*, institución fundamental en la creación de la idiosincrasia brasileña. Pero si el término *fazenda* se adscribiría posteriormente a toda gran explotación agrícola, hasta llegar a ser el denominador común de las plantaciones cafeteras, la institución como tal se fundamenta en el primer ciclo económico importante: el de la caña de azúcar, referida expresamente a la zona nordestina del país. Es la *fazenda* azucarera el elemento fundamental generador de lo que se puede denominar *la cultura de la caña*, es decir, el complejo sistema de comportamientos desarrollados alrededor de este producto tropical, que de una manera explícita, centró sobre sí mismo la economía brasileña hasta mediados del siglo XVII.

La estrecha vinculación del colono al paisaje cañavero, hace de éstos los auténticos gérmenes significativos de la cultura nacional:

«Estos cultivadores de caña de azúcar fueron, aún más que los buscadores de oro, los fundadores verticales del Brasil, en el sentido de que algunos arraigaron profundamente en la tierra y construyeron para sí y sus familias, y a veces aún para sus esclavos, no sólo cabañas o chozas, sino sólidas casas de piedra o ladrillo. Pronto se dio a estas mansiones el nombre de «casas grandes», designándose a las viviendas de los esclavos con el nombre africano de *senzalas*. Los colonos edificaron también sus iglesias y capillas, así como sus molinos de azúcar, con los mismos materiales nobles y resistentes de sus casas, rodeándolos a veces de árboles nobles y de larga vida importados de Asia, África y Europa: palmeras, mangos, jacarandas;...» (2)

Se institucionaliza un orden social dependiente en gran manera del modelo prefijado en la *fazenda*, donde la autoridad del *senhor* de engenho rebasa los límites geográficos de aquélla hasta alcanzar entidad política. En este sentido, *el orden fazendeiro* realiza la estructuración de la sociedad entera.

La posibilidad de conseguir el asentimiento a su autoridad, se veía respaldada para el colono por la compenetración existente entre ellos como tal grupo unido, lo que permitía a los poderes públicos el apoyo necesario para mantener el orden establecido. En realidad, en un sistema donde la *fazenda* constituía el factor primordial de subordinación, se recurría a ella incluso para el reclutamiento de los nuevos cuadros de mando político, provistos normalmente por los familiares de los *senhores de engenho*. Se delimitaba así la formación de un estilo de vida, donde el colono lusitano, señor feudal sin soldados, establecía una organización social desde su *Casa grande*, elemento aglutinante en la diaria actividad de la gran explotación agrícola.

Por ello, *la cultura de la caña* encontraba el soporte requerido en el patriarcalismo de la sociedad *fazendeira*, que exponenciaba la actitud conformista, adoptada por los estamentos bajos, en su intento de hallar un patrón definido de conducta. Así, por una parte se explicita-

(2) Gilberto Freyre, *Interpretación del Brasil*, México, 1964, pág. 54.

ba la integración de los grupos conformantes de la estructura social, aunque esto no evitase la alienación social ejercida por la clase dominante:

«Las festividades eran motivo para la reunión de muchas familias rurales en el área de las plantaciones. La fiesta mayor del año, para los cultivadores de caña brasileños, era probablemente la víspera de San Juan, en junio, por lo menos en las plantaciones más viejas y típicas. En el interior de las mansiones donde la plata —lujo muy corriente— y el reluciente cristal aparecían en todo su esplendor, se bailaba a la europea, mientras que afuera los negros bailaban sus danzas africanas, especialmente la samba, alrededor de grandes hogueras que se encendían en honor de San Juan y para ahuyentar al diablo»(3).

De esta manera, podemos observar el funcionamiento de un «apartheid» cultural —no étnico—, que establecía unos modelos segregacionistas por parte del sector feudalizante lusitano en ese sentido. Y junto a este «apartheid» cultural, la supervivencia de esta «corte de señores nordestinos» llevaba aparejada la formación de unas individualidades complementarias, auténticos personajes en el costumbrismo azucarero. Figuras como el *papa pirão*, nombre con el que se designaba a los bufones y humoristas al servicio de los *senhores de engenho*, cuyas casas recorrían como atractivo en las veladas festivas, o la *maepreta*(4), la segunda madre negra que amamanta a los niños blancos de las haciendas azucareras, contribuyen con su rol a un ajuste más perfecto del sistema social cañavero.

La función ejercida por la *maepreta* se limita no sólo a la actividad antes expuesta sino que, posteriormente, se ocupará de las tareas educativas de los mismos, ante la imposibilidad de ser atendidos por su propia madre, requerida por las ineludibles responsabilidades aristocráticas a que le obligaba su status(5).

En una sociedad de estas características, el proceso de enculturación o integración del individuo en las normas establecidas por la sociedad, requería un cuidado planteamiento que garantizara adecuadamente el éxito de aquél. En esta línea, podemos considerar la importancia tenida por el relato de narraciones legendarias, en las que la figura del negro pasaba a desempeñar el involuntario rol de estar abocado a la pérdida de la propia identidad, en función de la supervivencia del orden concebido por el blanco.

No dejaba de ser un elemento más a sumar en la consideración de una estructura social alienante, que al manifestar su sentido aperturista de la estratificación, lo hacía sin olvidar la necesidad de mantener la conveniente distancia que salvaguardase los intereses creados por la clase dominante.

En los relatos a los que hacemos referencia, se trataba de negativizar éticamente el posible rechazo o resistencia por parte del individuo a la presión significada por el sistema social que se le imponía; es decir, se trataba de evitar el desajuste de las personalidades conformantes de la sociedad, simbolizando en elementos reales (el negro) o imaginarios, la maldad de las acciones emprendidas en dicho sentido.

Es así como la figura del *quibungo* (simio enorme de gran pelaje, con fauces ensangrentadas, que rondaba de noche las casas para llevarse a los niños desobedientes), o los mismos esclavos negros quienes, según el mito, llegaban a convertirse en *quibungos* antes o después de la muerte, funcionan en defensa de la ordenación social programada por la cultura de la caña.

El folklore brasileño ejemplifica esta situación en uno de sus cuentos:

«En los tiempos del *quibungo*, los niños no podían salir solos de noche. El *quibungo* rondaba las casas, gruñendo hum...hum...hum...!, y si encontraba algún niño, lo arrebataba y se lo comía. Cierta señora tenía una hijita. La niña sólo pensaba salir de casa todas las noches, para irse a la de sus familiares y vecinos. Su mamá no se cansaba de decirle: —Hijita mía, no salgas de noche, que *quibungo* te coge y te come. La niña sin embargo, era un poco cabecita loca y cuando la mamá se descuidaba ya estaba en la escalera. Hasta que una noche el *quibungo* la sorprendió, se la puso a la espalda y echó a correr para banquetearse con ella. La niña empezó a cantar:

(3) *Ibid.*, págs. 75-76.

(4) Beltrán, *Brasil: tipos humanos y mestizaje*, Madrid, 1970, pág. 109.

(5) *Ibid.*, pág. 109.

Minha mazinha
 Quibungo tereré,
 Do meu coração,
 Quibungo tereré,
 Acudi-me depressa,
 Quibungo tereré,
 Quibungo quer me come.
 La mamá de la niña respondió:
 Eu bem te dizia,
 Quibungo tereré,
 Que nao andasses de noite,
 Quibungo tereré.

Oyendo esto, la niña imploraba el auxilio de los otros familiares. Pero nadie vino en su socorro, respondiendo todos de la misma manera. Y allá se iba la pobrecita llorando, a la espalda del *quibungo*. Pasó por la casa de otros parientes, pero ninguno acudió a arrancarla de las manos del *quibungo*.

La abuelita, que vivía lejos, se despertó al corre-corre del pueblo que gritaba: El *quibungo*, se lleva a fulanita... Allá va el *quibungo* con fulanita a la espalda.

La abuelita entonces, corrió más deprisa, preparó un jarro de agua hirviendo y metió la punta de un palo entre las brasas del fogón. Al pasar junto a su casa, la niña empezó a cantar:

Minha avozinha,
 Quibungo tereré, etc.

«Respondió la abuelita como los demás parientes habían respondido. El *quibungo*, satisfecho por este desinterés afectado, pasaba tranquilo bajo la ventana, relamiéndose de gusto. Entonces, la abuelita agarró el jarro de agua hirviendo, bajó corriendo la escalera, y ¡zas!, le escaldó los pies. El *quibungo* dio un salto muy grande, arrojando la niña al suelo. Con el palo hecho ascua, la valiente abuelita abrasó los ojos del *quibungo*, matándolo. La niña, agradecida a la abuelita, jamás volvió a salir de noche a casa de los vecinos» (6).

El control social ejercido por *el orden fazendeiro*, recaía indistintamente en el proceso de enculturación del individuo perteneciente a la sociedad dominante —según acabamos de ver—, como en el predominio de ésta en su aculturación con los otros grupos componentes de la heterogénea sociedad brasileña. Pero, evidentemente, el segundo caso explicita una situación en que el conformismo era consecuencia de la parquedad de expectativas sociales permitidas a los grupos dominados, para quienes el orden programado y el orden natural pasaban a ser sinónimos:

«Para los que soportan el peso del sistema como su fuerza de trabajo, la visión es diferente... el orden *fazendeiro* pudo ser tenido por aquéllos que sojuzgaba como el orden natural, porque no sabían de otro; y sagrado, porque representaba el peso de una condenación divina que recaía sobre los pobres. En estas condiciones de ignorancia, era posible infundir expectativas congruentes de respeto recíproco entre las posiciones polares, mantenida cada cual en su papel. Las relaciones sociales podían incluso asumir cierta cordialidad bajo el peso de la opresión» (7).

Pero la estabilidad de las formas de vida actuantes en *la cultura de la caña*, no iba a significar, sin embargo, un continuismo sin límites en cuanto a la importancia exclusiva de la economía cañavera. Por otra parte, y en este sentido, la producción azucarera requería para su funcionamiento el uso complementario de un determinado tipo de ganado para la realización de la propia actividad agrícola. Es por ello, que la traida de reses vacuna y caballar por parte de los colonos está en función no sólo de una herencia cultural experimentada en la península, sino en la necesidad que requería el trabajo de la plantación.

El pastoreo como actividad económica tiene pues una conexión primaria con la empresa

(6) *Ibid.*, págs. 112-113.

(7) Darcy Ribeiro, *As Américas e a civilização*, Rio de Janeiro, 1970, pág. 270.

azucarera, a la que sirve en un principio como fuente de recursos, pero de la que, en sucesivas etapas, se irá desligando hasta conectar con el nuevo elemento soporte de toda una cultura: el oro.

Estas modificaciones manifestadas en la geografía económica brasileña se encuentran vinculadas a un factor anteriormente desconocido, —la expansión territorial—, potenciadora de regiones que aún permanecían en involuntaria inactividad, ante el carácter absorbente significativo por el litoral nordestino.

Este proceso expansionista, originado en la propia cultura de la caña, veíase sin embargo constreñido en los reducidos límites que se le ofrecían, por cuanto el cultivo azucarero estaba condicionado por su vinculación al litoral. De esta manera, la primera aparición expansionista en el *sertão* —región interior desvinculada del litoral húmedo cañavero—, se hace de manera tímida, toda vez que el pastoreo en la zona debería limitarse a las necesidades de la caña.

Así pues, asistimos a una primera etapa, «... en la cual se practican conjuntamente el pastoreo y la agricultura, cuando el trabajo agrícola y los beneficios obtenidos de la caña, hacen del ganado vacuno una pieza esencial de la gran propiedad esclavista; en esta fase, el ganado proporciona la carne, particularmente para la alimentación del esclavo(8), la fuerza de tracción para el transporte terrestre a pequeñas distancias, y la necesaria para las molindas, en los llamados *ingenios-trapiches*(9) (*engenhos-trapiches*). El ganado y la agricultura coexisten en la misma propiedad; el dueño de ingenios es propietario de la tierra cultivada y de los animales; el corral es el huerto del ingenio»(10).

En la segunda fase de este proceso, persiste la situación anterior en cuanto que el propietario de la tierra es el mismo que posee el ganado, es decir *el senhor de engenho*, pero se inicia ya la separación entre el pastoreo y la agricultura, incompatibles desde el momento en que al aumentar ambas actividades necesitan un medio de realización independiente.

Esta segunda etapa va a ser decisiva en lo relativo a la proyección que adquiere el pastoreo como empresa económica; tengamos presente, que, con anterioridad, su función estaba condicionada por la servidumbre que le imponía el propio sistema agrícola, mientras que ahora la expansión ganadera encuentra unas posibilidades de mercantilización que le eran ajenas. El cuero se inserta en la complejidad de la vida social, como materia prima capaz de satisfacer algunas de las crecientes aspiraciones exigidas por aquella.

Parecía inminente una definitiva desvinculación agrícola ganadera, toda vez que *el paisaje sertanejo* ofrecía una atrayente conquista de sus pastos —necesariamente más amplia cuanto más pobres fueran éstos—, opción que dificultaba cada vez más la comunicación permanente con las plantaciones del litoral.

La culminación del proceso se expresa en una tercera fase, en la que de forma definitiva, el pastoreo gana al *sertão*. De esta manera, «... los vínculos entre el *sertão* y el litoral se hacen

(8) Hacia mediados del siglo XVI, la población esclavista oscilaba entre tres y cuatro mil individuos, dependientes de unos dos mil colonos; no obstante la significancia del esclavismo indígena y africano, la gestación y desenvolvimiento de una explotación agrícola-ganadera, llevaba aparejada unas dificultades evidentes por parte del grupo dominante:

«Estos dos millares de portugueses, por mucho que fuesen auxiliados por tres o a lo máximo por cuatro mil esclavos indígenas o negros, tuvieron que realizar un trabajo gigantesco. Talar la selva, construir un número tan importante de ingenios, la elaboración de azúcar, la preparación de las haciendas para el cultivo, la adaptación de las plantas europeas, la cría de ganado, todo esto en una naturaleza tropical y virgen entre una continuada hostilidad de los indígenas, que exigían forzosamente del colono el máximo empleo de todas sus energías.» (Jaime Cortesão y Pedro Calmón, *Brasil*, Barcelona, 1956, pág. 374).

(9) En la fazenda nordestina, el ingenio —como factor generador más importante de su economía—, iba a constituirse durante la etapa de apogeo cañavero, e incluso posteriormente, en índice valorativo y diferencial de las gradaciones posicionales de dominio en la heterogeneidad del grupo colonizador, como podemos observar en la siguiente referencia:

«Para uno de los grandes ingenios —escribió Lucio de Azevedo— eran precisos de 150 a 200 negros, empleados en los cañaverales, corte de las leñas para hornaza, transportes y trabajo de la fábrica. El establecimiento de un ingenio de regular categoría, con la esclavitud, no importaba menos de 10.000 cruzados (moneda de oro portuguesa). Cincuenta negros, quince a veinte yuntas de bueyes, carros, barcos, herramientas y aparos de la fábrica, además del capital para gastos de preparación, *salarios de maestros y obreros libres*, manutención del personal esclavo hasta ser vendido el producto, *todo eso requería grandes sumas*.» (Tomado de J. Lucio de Azevedo, *Épocas de Portugal económico*, págs. 267 y 268; en Jaime Cortesão y Pedro Calmón, *Ibid.*, págs. 421-422).

(10) Nelson Werneck, *Evolución social y económica del Brasil*, Buenos Aires, 1964, págs. 35-36.

periódicos y comienzan a aparecer las ferias de ganado, donde los pobladores del sertão cambian lo que producen por lo que necesitan; en la mayor parte de los casos el intercambio se realiza en especies» (11).

Se observa, pues, como la *región sertaneja* adquiere progresivamente una entidad autónoma, que no sólo la libera de una situación dependiente respecto a la costa, sino que incluso le proporciona el contacto multilateral con otras formas de existencia económica.

El epílogo de la *cultura de la caña* viene precedido por la revalorización de una actividad nacida en su propio seno; sin embargo, el desarrollo ganadero y, por tanto, la expansión territorial en el sertão, está directamente relacionado con el empuje provocado por el nuevo ciclo económico, la explotación minera, que provoca y absorbe a su vez una creciente demanda y consumo de carne.

Si bien la primacía significada por la clase dominante agrícola estaba ya en entredicho, esto no implicaba la extinción de un sistema originado alrededor de los ingenios azucareros; en el relevo que pronto va a efectuarse, la agricultura nordestina encuentra precisamente en el sertão un soporte efectivo en las etapas que se avecinan: «El pastoreo nordestino, que aparecía como apéndice de la economía azucarera, a la que debía la base de su expansión, dio a esta economía la posibilidad de atravesar los periodos de decadencia sin llegar nunca a niveles desastrosos, permitiéndole pasar de la euforia a la declinación sin autoconsumirse» (12).

La reestructuración del orden social con la aparición de nuevas variables, no hace sino reforzar una situación de carácter feudal ya existente, y que se difunde ahora al interior de la región nordestina, incluso con matices de mayor pureza en el sistema. Esta perspectiva podemos considerarla en el sentido de que la conquista del interior norteño del Brasil, desde Bahía a Maranhão, provoca el resurgimiento de las relaciones colono-indígena, al adaptarse este último a una organización laboral que no requiere el trabajo esclavo.

Se trata realmente de crear en el *área sertaneja* una situación que de hecho se daba ya en la zona costera sometida al régimen esclavista; el negro, a pesar de su consideración de esclavo, se halla integrado en un sistema señorial en donde las relaciones patrón-cliente rebasan la rígida estructura que correspondería a una situación de esclavitud.

Pero el carácter marginal de la zona y la ausencia de poder público que ejerciera el control político-social de los grupos poblacionales, condiciona en el sertão la aparición de un desajustado ordenamiento, peculiarmente agresivo, en el que el fanatismo religioso, las reacciones violentas y el bandillaje, caracterizan las normativas de su cultura.

Era evidente que el orden establecido por los *senhores de engenho* en la originaria sociedad brasileña, perdía el monopolio en el dominio exclusivo de aquélla; sin embargo, el sistema quedaba intacto, lo que permitía a la cultura de la caña experimentar sólo un simple desplazamiento en la jerarquía de valores: el oro ocupa su puesto.

(11) *Ibid.*, págs. 36-37.

(12) *Ibid.*, págs. 37-38.